



LAS CRUCES DEL VETERANO.

Increíble, inverosímil, inesperado, sorprendente era el efecto de la cólera en Don Baldomero. Con el cabello en desorden, erizados los escasos mechones grisáceos que brotaban de su calva, enrojecidas las conjuntivas de los ojillos pardos por el arrebató, erguido aún más que de costumbre el cuerpo flaco y largo y, cosa inusitada, caminando sin apoyarse en el grueso bastón de áspera corteza ni en las paredes, aunque con planta torpe; libre por un momento de su afasia, tonificada la lengua y avivado su pensamiento por la más exaltada indignación, echaba el bueno de Don Baldomero por la ancha boca de incompletos, largos, desiguales y despostillados dientes zapos y culebras, como vulgarmente se dice, un vocabulario de cuartel articulado por los trémulos y delgados labios bajo el crespo bigote blanco manchado por la nicotina y sacudiendo amenazadora la larga perilla ó piocha que completaba el perfil anguloso y prolongado de su rostro amarillento y apergaminado.

La ira del viejo había despejado la habitación á palo de ciego, el tosco bastón golpeaba la cuadrada mesa de madera blanca y los viejísimos muebles de encino apolillado que constituían el mena-

je de la estancia que desempeñaba las veces de sala y comedor; resonaban los golpes en el desnudo pavimento de madera y la angosta silueta, envuelta en un raído y sucio paletot desorillado, recorría la habitación llenándola con sus voces enronquecidas, animada por nuevos y desusados bríos.— ¡Canallas! Cochinos!.....—gritaba trabajosamente— ¡nunca!..... ¡son mías!..... ¡un robo!..... ¿hambre?..... pues morir, morir!..... eso: mejor morir..... morir todos..... de hambre..... de hambre..... y yo también..... morirnos de hambre!..... y gesticulando terriblemente, volvía el rostro como buscando un contradictor sobre el cual descargar su exaltación feroz.

Por fin, viéndose solo, cansado del esfuerzo supremo y reaccionando la antigua y arraigada enfermedad, los ojos del anciano apagaron poco á poco sus fuegos, sus brazos fueron ganados por el decaimiento, sus piernas se entorpecieron perdiendo la momentánea flexibilidad, vaciló, y apoyándose en muebles y muros, acudiendo al socorro del bastón, Don Baldomero, erguido siempre; pero con lenta y pesada marcha salió del aposento y, repitiendo como un estribillo la frase: "de hambre" cada vez con entonación mas baja y profunda, fué á sentarse al corredor en el desvencijado sillón de roído bejuco donde, bajo la jaula del gorrión y á la sombra de la enredadera de malvón y manto, pasaba el día dormitando ó tomando el sol que, abrasándole, no podía devolver al envejecido cuerpo, el calor y la energía perdidos para siempre.

Una vez hundido en su sillón soltó nuestro personaje con trémula mano los primeros botones de su paletot dejando ver, prendidas sobre el tejido de estambre rojo de una camisa de abrigo y encima del corazón, varias medallas de mérito militar; llevó una de ellas á los labios en tanto que dos lagrimones se deslizaban por sus mejillas, volvió á

colocarla suavemente en su sitio, cerró la ropa y oprimiendo con ambas manos su pecho, volvió á su estribillo que decreció en su entonación hasta convertirse en un canturreo que le adormeció al cabo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Era Don Baldomero un resto, una muestra de pasada generación fuerte y vigorosa; un tronco seco de árbol robusto, cuya fuerza vital triunfaba de las setenta y ocho navidades que le habían ido poco á poco acartonando; sus músculos enjutos sobre la recia osamenta conservaban aún temible fuerza, que parecía aumentada por la nerviosidad de sus bruscos movimientos; sin embargo, sus facultades mentales se hallaban deprimidas: paulatinamente su inteligencia había venido obscureciéndose y quebrándose su memoria; sólo la voluntad permanecía rígida y tenáz, quizá más que nunca, podría decirse que como los cartílagos del anciano, habíase osificado.

¡Oh, si un rayo de luz, si un soplo vivificante penetrara de improviso en el atrofiado cerebro de Don Baldomero despertando las esfumadas memorias de otras épocas, haciendo bullir de nuevo las paralizadas ideas, reavivando las borrosas siluetas del pasado! .. Como burbujas de un líquido puesto en brusca ebullición, brotarían de los decoloridos labios las descriptivas y vivaces narraciones de una tan verdadera cuanto ignorada epopeya. Como en mejores tiempos, el relato de las peregrinaciones, aventuras, campañas, triunfos y derrotas del voluntario veterano, hubiera hecho palpar de emoción los corazones describiendo aquella vida de fatigas, de privaciones, de luchas, ruinas y quebrantos en las que irradiaba, como ideal emotivo y como objeto único, el más verdadero, el más

acrisolado, el más puro amor á la Patria! ... De todo aquello no conservaba el pobre viejo más que un puñado de encintadas medallas, á las que amaba más que á su vida, y una idea confusa aprisionada por su senectud dentro de aquella cabeza enfermiza y macilenta.

La miseria reinaba en el hogar de aquel héroe olvidado que vivía con su hijo Valentín, joven enfermizo, débil, cuyo escaso vigor se había agotado en la lucha por la vida, en la cual pregonaba su derrota el aspecto miserable de la casa, vivienda humilde casi perdida en las llanuras de Peralvillo y que habría parecido pavorosa sin la presencia de la nuera del veterano, verdadero ángel de amor y resignación, y del pequeño Baldomerito, criatura encantadora que, con su algarazca infantil, daba la única nota alegre en aquel concierto de tristes vidas: el sólo ser que con sus pueriles gracias hacía irradiar con jubilosa risa el ensombrecido semblante del abuelito; risa á la que acompañaban dos lágrimas de inmensa ternura que asomaban á los ojillos pardos, á la vez que alguna que otra baba que escurría furtivamente por la desaliñada piocha. Nuevo mensajero de paz, Baldomerito sería quien se encargara de disparar por completo el cono de Don Baldomero contra el sacrílego Valentín, por haber concebido éste la profanadora idea de llevar al empeño las cruces del veterano, única tabla de salvación entrevista en medio de la angustia producida por la precaria situación.

Dos tiernos, regordetes y sonrosados bracitos y el caliente beso de una boquita de granate interrumpieron el sopor en que Don Baldomero se hallaba sumergido y del que salió, distendiendo su boca en una sonrisa inefable, bajo la cascada de cabellos rubios que se había desatado de improviso sobre el rostro del abuelo y que producían al rayo del sol, que entre ellos se quebraba, destellos de un oro más puro que el de las siempre acariciadas y puli-

das condecoraciones. Las paces quedaban hechas y firmado el tratado que las establecía.



¡Demasiado tarde! Esta frase cruel, pronunciada por el Doctor á quien se había llamado, sacrificando en manos del empeñero el único vestido de salir que quedaba á la infeliz esposa de Valentín, sonaba en los oídos de ésta como un fúnebre doble; como un eco lúgubre que se repercutía en las fibras laceradas de su corazón ¡Demasiado tarde! y era la miseria, la vacilación ante el gasto difícil é inesperado de la consulta, lo que tenía á su criatura á las puertas de la muerte! De rodillas sobre el raído pedazo de alfombra decolorada que servía de tapete junto á la cama del enfermito que sujetaba la mano maternal con la suya minúscula y fría, hundía ella el rostro en el jergón sobre el que el niño reposaba, para ahogar los sollozos y enjugar furtivamente en las ropas miserables el torrente de llanto que la ahogaba.

Como un loco, Valentín daba vueltas por la habitación, oprimiendo en sus manos el pedazo de papel; la receta del médico, única esperanza, vaga y problemática, de salvación para la criatura. No había en casa ni una sola monedilla de cobre. No había objeto alguno que arrojar á las fauces insaciables y desalmadas de la usura para comprar el medicamento, para hacer abrir á la muerte sus garras de pantera con que iba gradualmente apoderándose de aquella frágil existencia idolatrada. En las farmacias no habían querido fiar las costosas sustancias que pedía aquel desarrapado ¡nada! y á la tétrica frase del Doctor, á su apremiante recomendación de aplicar "inmediatamente" lo recetado, respondía la que Valentín pro-

fería casi ahullando de dolor y desesperación: “no hay con qué pagar; se nos muere, se nos muere!” La blasfemia pugnaba por brotar de sus labios y, como á ella, combatía en su interior á las negras ideas de crimen que su ansiedad le sugería. Necesitábase, urgía la aplicación inmediata, cada instante que transcurría era un paso del niño hacia la fosa; fácilmente se advertía la funesta marcha del mal

“Pediría limosna, sí, á gritos, arrodillándose ante los transeuntes, juntando sus manos, pidiéndoles con lágrimas sin cuento, la vida de su hijo!” y Valentín tomó el grasiento sombrero y salió apresuradamente para tentar este último recurso.

Trémulo, desencajado, Valentín fué detenido á la puerta por Don Baldomero “quería saber” pero él, empujándole hacia dentro é interrumpiéndole bruscamente, le gritó: “Voy á pedir limosna; limosna, ¿entiende usted, padre? mi hijo agoniza! y escapó precipitadamente.

Avanzó el anciano hasta el lecho en cuyos piés se sentó, inclinándose sobre el pequeñuelo cuyo rostro había perdido los frescos colores, y permaneció largo tiempo contemplando al nietecito, escuchando su jadeante respiración. Parecía el buen viejo luchar consigo mismo, hacer supremos esfuerzos por darse cuenta de lo que allí pasaba, para explicarse el cuadro que se desarrollaba ante sus ojos debilitados y su inteligencia entumecida, hasta que el vago mirar de los ojitos azules se fijó en él y, de los labiecitos cauterizados por la fiebre, de aquella antes fresca y jugosa boquita idolatrada, surgió tenue y doliente la frase que arrancó á la madre un supremo grito de inmenso dolor: “Abuelito: no me veas, me muero!”



Yo lo ví. Casi al llegar á la esquina de la calle, frente á la casa de préstamos á cuyas puertas ennegrecidas y raspadas habían salido abandonando el mostrador varios chicos iberos, una masa de gente, un tropel de curiosos de todas edades y condiciones se arremolinaban al rededor de un tranvía eléctrico detenido por el gendarme. Yo lo ví! Bajo las ruedas enormes, bajo los pesados “truks” de aquel monstruoso carro amarillo, entre una masa de sangre y lodo, yacía el destrozado cuerpo de un anciano seco, delgado, de rostro apergaminado y amarillento, de blanco y crespo bigote y desaliñada piocha que completaba el perfil anguloso y prolongado; de ojillos pardos que aún conservaban una expresión de angustia, envuelto en un raído y desorillado paletot que, abierto, dejaba ver la camisa tejida de estambre rojo, y quien conservaba en su mano derecha un fragmento de un grueso bastón y, en la izquierda, fuertemente apretados, unas cuantas monedas de plata y un boleto de empeño que amparaba unas cuantas medallas ¡las cruces del veterano!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
“ALFONSO REYES”
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33251



LUCERO.

Eramos nueve verdaderos demonios: prole insoportable habida en legítimo matrimonio por nuestro padre, ingeniero noruego, hombre de complexión vigorosa, rubio, fresco y rozagante, cuyo carácter melancólico y soñador se revelaba en la vaga mirada de sus hermosos ojos azules, y en nuestra madre, verdadero *yoloxotchil* de nuestra flora mexicana: toda amor, toda ternura, toda debilidad; sus negros y rasgados ojos que, como dos carbunclos incrustados en marfil, brillaban en su pálido rostro oval con purísimo fuego á la presencia de nuestro padre, dormitaban bajo los párpados de larga y rizada pestaña, al influjo del sueño enfermizo con que dormitan las flores marchitas prematuramente por el fuego de un sol demasiado ardoroso.

Eramos nueve granujas, de mayor á menor, nueve desatadas furias que, aprovechando la constante ausencia de nuestro padre durante el día y el estado de decaimiento habitual en nuestra madre, destrozábamos muebles, vagilla, lencería, árboles y plantas del jardinillo y, en una palabra: cuanto caía en nuestras manos desastradas, ha-

biendo llegado á convertirnos en el terror de los vecinos.

La casa parecía un verdadero purgatorio por los continuos escándalos que Nana Chepa, única verdadera autoridad para nosotros, reprimía á duras penas, no sin salir, por lo común, con su correspondiente arañazo, mordida, puntapié ó desgarrón. Nana Chepa era el comodín de la casa: se la consideraba como de la familia, y no había servicio, no había tarea que no se cargara sobre sus hombros cuando faltaba cocinera, recamarera, lavandera, costurera, portero ó caballerango. Hasta he llegado á pensar que desempeñaba las veces de matrona, al feliz arribo de cada uno de nosotros que, en sus brazos, habíamos lanzado el primer sollozo con que se saluda la vida terrenal.

El afecto y la paciencia de Nana Chepa eran inagotables: después de habernos reducido al orden y arreglado los desperfectos ocasionados en cada una de nuestras peloterías, tras de enderezarnos un sermón moral, nos hacía sentar en el suelo á su derredor, manteniéndonos en relativa paz por medio de anécdotas y cuentos de que gustábamos sobre manera. Siempre recordaré una narración que, de intento, le hacíamos repetir, con la malvada intención de mofarnos de las lágrimas que en ella vertía su especial sensibilidad.

—Cuéntanos la historia de tu Lucero, — le gritábamos en coro, — y Nana Chepa siempre paciente, suspirando, empezaba así su relato:



—“Cuando yo era niña, vivía en mi tierra con mis padres en un jacalito de adobe y zacate rodeado de un huertecito, desde donde se veía la tierra de labor de mi padre, en la que sembraba el maíz y

la que yo recorría diariamente en cuanto el alba asomaba, para buscar florecitas y acompañada por Lucero, nuestra única riqueza, que me seguía como un perro y que se recreaba con mis caricias.

Era Lucero un hermoso caballo del país que mi padre recogió casi moribundo, en una llanura en que las tropas lo habían abandonado, después de una batalla con *los pronunciados*, creyéndolo muerto ó inservible. Nosotros lo curamos y por muchos años, hasta que yo llegué á ser una mujer hecha y derecha, sirvió para tirar del arado, que era nuestro único recurso para la vida.

Le llamábamos Lucero, porque en su linda cabecita, entre sus ojos vivos é inteligentes que miraban como los de una persona, tenía un lunar blanco sobre el que caía flotante el mechón negro de su rizada crin. Mi padre era duro con Lucero: cuando escaseaban las lluvias, cuando la cosecha era raquílica, ó cuando mi pobre padre había bebido más de lo regular, su cólera se desataba en una nube de palos sobre el pobre animal al que yo después curaba y consolaba con mis besos y mis lágrimas. . . . Muchas derramamos juntos. . . . no se rían, que el caballo lloraba: yo veía aguararse sus brillantes ojos y el suave relincho conque respondía á mis palabras cariñosas, era un verdadero sollozo; pero nunca lloramos tanto como el día en que mi padre, declarándolo inservible y habiendo reunido el dinero bastante para comprar una yunta de bueyes, vendió Lucero á unos chalanes que pasaban por el pueblo. ¡Pobre Lucero!. . . . Desde la cuneta del camino, al ponerse el sol, con lágrimas y gemidos seguí su marcha rengueante y trabajosa, hasta perderlo allá muy léjos, por el declive de la montaña. . . .

Debía yo entrar á servir: así lo habían dispuesto mis padres, quienes me trajeron á la Capital para entregarme en la casa donde habían encontrado colocación para mí. El día de nuestra llega-

da, recorrimos la Ciudad alelados, atarantados al ver tanta gente, tan gran movimiento. Era un Domingo. En la esquina de una calle nos detuvimos delante de un cartelón de letras muy gordas que, en voz alta, leían unos individuos por cuya boca supimos que aquella tarde toreaba Bernardo Gavilán, de quien mi padre había oído grandes elogios y á quien deseaba conocer. Quedó resuelto: aquella tarde y bajo un sol reverberante, ocupamos tres asientos pegados á la valla, ensordecidos por la gritería que sobrepujaba al estruendo de la música militar, deslumbrados por los brillantes colores que hervían en los tendidos y desvanecidos por el movimiento de la enorme concurrencia.

Sonó la trompeta y entraron al ruedo enorme los toreros: el sol encendía en sus trajes mil llamas de colores; recorrieron la plaza seguidos de los que á caballo montaban y recibieron por fin con sus largas capas á un enorme toro negro y furioso que sobre ellos se lanzaba. De pronto ví á la fiera arrojarse sobre uno de los montados, quien trató de contenerlo con un largo palo. Me levanté horrorizada sobre mi asiento: la defensa había sido insuficiente, allí, á mis piés casi, el toro había clavado su cornadura en el vientre del caballo al que sacudía furiosamente sobre su poderosa cabeza; el picador había caído al callejón y, por fin, abandonando el toro su presa por seguir la roja manta de un peatón, dejó tendido en la arena al caballo, en medio de un charco de sangre humeante en el que nadaban las entrañas palpitantes y del que en vano intentaba levantarse el moribundo animal que, en las supremas ansias, había desatado la venda que cubría sus ojos y su frente. ¡Qué grito, qué horrible grito de dolor y desesperación dí, al mirar la mancha blanca de mi Lucero, levantando una tempestad de silbidos, carcajadas é injurias en toda la plaza! ¡Qué me importaban? El me vió, sí, y sus ojos se aguaron como en otro tiempo, como

cuando llorábamos juntos; permaneció un momento contemplándome resignado y aunque ustedes me hagan burla como acostumbran, yo lo ví sonreír con una sonrisa muy triste, muy llena de amor, á tiempo que doblaba su cabecita, para no levantarla más! ...

Esta era la historia de Lucero que Nana Chepa terminaba sollozando en medio de nuestras infantiles, pero crueles burlas, "¡por llorona!".



Una carta anunció á mi padre, el día menos pensado, que allá en Noruega le esperaba la herencia de un riquísimo pariente; su presencia era indispensable. Después de numerosos conciliábulos, se decidió el que fuéramos todos á Noruega, despidiendo á la servidumbre y vendiendo, hasta donde fuera posible, los por nosotros desvencijados muebles de la casa. Los últimos días que precedieron á nuestro viaje, Nana Chepa fué el único sirviente que desempeñó todos los quehaceres. Aún la veo, la veo en el andén de la estación, de pié, llorosa como una Magdalena y entremezclando á sus sollozos la frase "¡mis hijos, mis hijos!" que repetía como una loca tendiendo hácia nosotros sus brazos, á la partida del tren que nos arrancaba de su lado!.....

Pasaron los años; los niños se hicieron hombres; los diablillos, padres de familia y yo volví con la mía á radicarme de nuevo en mi México amado, y á ejercer en él mi profesión de arquitecto.

La memoria de Nana Chepa, era ya un confuso recuerdo solamente de nuestros infantiles años.



Cierto día en que practicaba yo una visita de inspección de los trabajos que dirigía en la construcción de una finca, uno de los maestros operarios me salió al encuentro y, con difícil palabra, me dijo que tenía al servicio de su familia á una viejecita á quien, casi por caridad, habían recogido y que esa desventurada, agotada por los años y rudos trabajos, expiraba en un rincón de la pobre casa, siendo lo extraordinario que la infeliz mujer balbuceaba mi nombre en su agonía. Era mi nombre, sí, no cabía duda; aunque precedido por la palabra "niño".

¿Quién podría ser? De aquella mujer, el maestro de obras no cono fa el apellido. Josefa, lisa y simplemente Josefa. . . . hay tantas! . . .

Una inspiración súbita me conmovió profundamente: el diminutivo familiar mexicano de Josefa, es Chepa . . . era Nana Chepa, era aquella abnegada, aquella amorosa mujer á quien la ingratitud dió al olvido y entregó á la miseria, después de haber recibido lo más noble, lo más puro de su ser!

Hice que el maestro me condujera á su casa. A qué describir aquel cuadro de miseria? Era Nana Chepa, sí, la que sobre el duro suelo, sobre las frías y duras losas del piso ensalitrado, deliraba con su amado Benjamín. *Ella me vió. . . . y sus ojos se aguaron como en otro tiempo; permaneció un momento resignada contemplándome y yo la ví sonreír con una sonrisa muy triste, muy llena de amor, á tiempo que doblaba su cabecita, para no levantarla más. . . .*



"EL ARMON."

Bien podía decirse de la fiesta que se celebraba en la casa de nuestro inteligente y simpático amigo Don Antonio, que era una de aquellas que dejan en nuestro espíritu un vivo y perdurable recuerdo, una impresión alhagadora y risueña, proporcionando al revistero material abundante para sus crónicas de sociedad. Lo más granado de ella había concurrido á la cita, las damas más hermosas, los personajes más notables en la política, en el foro, en la ciencia y en el arte. Un verdadero derroche de lujo y elegancia, un conjunto deslumbrador de sedas, encajes y piedras preciosas que cintilaban; una tibia oleada de suaves aromas que llenaba el espléndido salón.

Redundante sería el mencionar la lista de los exquisitos manjares, de los sabrosos y añejos vinos, de las ricas pastas, sazonadas frutas y primores de repostería que se prodigaron en el suntuoso comedor, cuyo artesonado cielo y ornados muros despertaban la idea de una filigrana de marfil tallada por gnomos, y en donde resonaban los ecos de una música suave, discreta: las cristalinas notas de arpas lejanas, las quejas íntimas de la vio-